

La maestra

Desde finales del año pasado la maestra no solo se comprometió con hacer de este taller internacional uno bueno, sino hacerlo el mejor. Ya se había pasado por tres más, uno en Venezuela, otro en Argentina y el último en Uruguay. La planeación le tomó un año o tal vez más. De cuando en vez nos dábamos cuenta como su mirada se quedaba fija en algún punto de no sabemos dónde, o mejor, estaba en el futuro, imaginando a sus socios extranjeros en su Tuxtla, dando una gran carcajada, disfrutando de un chile en nogada, con un segundo postre o un tercer tequila, con una conversación larga sobre cómo cambiar el trabajo de los demás, echados todos hacia atrás en la silla, los brazos estirados, relajados y masticando un palillo de madera entre los dientes amarillos de tanto café y años de cigarrillo, que habían dejado cuando eran jóvenes, libres y revolucionarios.

A veces pienso que la maestra, la que está al frente de todo este torbellino, la anfitriona de esta ocasión, no dormía desde hacía meses pensando en cada detalle del viaje de sus invitados. En la cama escrutando cada arruga del techo blanco de su habitación se transportaba en el tiempo y en las desazones, predecía qué cara iba a poner la francesa al percatarse de los retrasos en los vuelos o de los inicios del taller cada mañana, cómo iba la chilena a torcer la boca con desagrado cuando entraran al restaurante que la maestra había elegido después de visitar diez, que rebuzno iba a sacar la argentina al reparar que no había agua para su

mate en la conferencia cuando le había advertido a Sergio mil veces que lo hiciera.

La maestra había empezado a trabajar en el departamento desde finales de los 90 como investigadora de tiempo completo, según rezaba su contrato. Sin embargo, al poco tiempo pidió licencia para trabajar a Puebla en un alto cargo de la secretaría de salud y allí estuvo cuatro años. Sus historias sobre lo que lograron en esos años de administrar hospitales, centros de salud y miles de trabajadores (como si la gente se dejara administrar así no mas) son las que cuenta con elocuencia y altivez cuando está feliz o quiere apabullar a alguien, o cuando suceden ambas cosas a la vez, cosa que sucede muy frecuentemente. Después volvió al departamento, enseñó un par de años a los de la maestría sobre como vigilar trabajadores y cómo lo hicieron en Puebla, y allí acordó con las francesas que haría el capítulo México de su investigación. También sonreía e inflaba el pecho y su orgullo cuando decía “hacemos la parte mexicana de un proyecto internacional de la OMS”. Pero cuando pensaba que había logrado mucho en su vertiginosa carrera laboral, la llamaron a dirigir la secretaría financiera de la Universidad. “La segunda universidad con más presupuesto del país”, decía soplando por las narices un poco de combustible para los envidiosos y de botas para los lambones. “Tal vez sea mi último encargo de gran responsabilidad” me dijo en una confidencia calculada, “después quiero descansar y dedicare

a la academia no más”. Estaba en el pináculo de su carrera y a mi parecer quería ver hasta dónde podría llegar, hasta donde la dejarían llegar, hasta donde se podría abrir paso.

Estos proyectos internacionales, donde equipos de varios países del mundo se reúnen con la bien ponderada y muy académica excusa de hacer investigación, sirven para excretar las más feroces angustias, las más sublimes ansias de ser reconocido, las más discretas ganas de desear y ser amado o amada. Egos y más egos, aquí y allá, pululan, saltan, se contorsionan, se tuercen hacia algún lugar donde regalan status y empanadas. Para algunos investigadores, no pocos, y con quienes -de una vez lo señalo, para que no piense el lector que lo estoy timando- me siento más identificado, encontrarse con otros investigadores, que tienen otros acentos, otros salarios, comen otros pasteles, es placer por conocer, por compartir, por discutir, por encabronarse porque no me pelo tu marxismo ortodoxo o tu incomprensible inmanencia; pero luego luego, permitirse, abrazarse, tomarse, hablarse un café que en el fondo resuena a un viejo chiste que tiene su mayor gracia en la risa de todos, a los nombres de mis gatos o la fórmula de una avena con piloncillo para engordar. Esta ocasión no es la excepción. Algunos investigadores, quieren solo reconocimiento, otros solo conocer al compa de lejos, otros allá amar y ser amados, mientras otros, un poco de uno y tantito de aquello.

La maestra era auditora, toda su vida había revisado con lupa cada movimiento, cada peso, cada sospecha, cada levantada de hombros. Auditar, que bonita palabra, viene del latín *audīre* que significa oír. Sin embargo, después de pasar por las manos de los gringos y sus empresas y sus ganas de controlar al trabajador para explotarlo hasta lo último de sus fuerzas, rompieron su belleza y la hicieron fría, muerta, despreciable, repulsiva.

Alguna vez una compa del trabajo me dijo que ella, la maestra, tenía una mirada que no decía nada, que le era imposible descifrar, que se había hecho turbia para enlodar lo que había atrás, o para esconder lo que ya no estaba. Se había empañado el lado interno del ojo. La que oía, la que auditaba, miraba solo hacia afuera. Mi compa buscaba esa mirada viva, de las que lo hacen de adentro hacia afuera y de afuera hacia el alma. ¿Qué harán los auditores que enceguecen momentáneamente al que quiere verles su fuego, su aire, su tierra? Esa vez a la maestra se le pasó la mano, porque mi compa nunca volvió a verle a la cara para encontrar un ser humano, solo adivinaba que detrás había un ser vivo porque soplabla palabras sin cesar, y porque hacia ruidos al masticar tostadas con queso.

Me imagino de nuevo a la maestra espulgando en sus sueños cada mueca, cada suspiro, cada sonrisa forzada, cada frotada de mano por la cara de sus invitados ilustres. La maestra es una prestidigitadora de monerías y gestos, adivinadora de aspavientos y ademanes. Me imagino también que habrá conversado cada una de sus pesadillas con sus amigas de café, con sus amigos del partido, con sus compinches de lujuria. Todavía me imagino sopesando previamente cada acto, cada palabra, cada encuentro, cada saludo y despedida, cada chiste y guiño que hizo calculadamente para acoger a los próximos y repeler a los extraños. Cavilando que ficha mover para encaramarse en la burocracia universitaria y al mismo tiempo para sobresalir como académica. Como aumentar su poder dentro de la estructura universitaria, ya muy encumbrado, y su poder académico, este todavía dando respingos. Sabía de sus destrezas burocráticas pero titubeaba de las académicas, lo que le traía congoja. Calculaba que este proyecto era un trampolín hacia arriba o que la haría caer estrepitosamente. Eran objetivos titánicos para su pequeño cuerpo, relleno y cansado, un cuerpo

de esos que para subir un piso usa el ascensor sin mirar siquiera las escaleras que están al lado, lleno de temores y sueños, de estrategias e ilusiones de trascendencia ¿Cómo este taller internacional le podría aportar en uno y otro? esa era su obsesión, la razón de sus miradas perdidas, de sus desvelos, de sus pesadillas, de sus planes, de sus conversas, de tantas copas de vino monopolizando las tertulias con amigos y enemigos.

Pero un día, llegó el día. El miércoles nos reunimos en la sala de juntas del departamento, las francesas habían arribado en un vuelo un par de noches atrás al DF., luego viajaron a Chiapas y ahora estaban en San cris. Se sentaron a escucharnos, una frente a la otra. Además de ser las coordinadoras generales del proyecto, las que habían logrado la financiación con la OMS y que administraban todo el dinero, le habían dado solidez, lo tenían en la cabeza y entre pecho y espalda, respiraban el proyecto. Era el segundo proyecto internacional que hacían con la OMS, el primero con África y ahora con América Latina. Ambas habían vivido en Venezuela un par de años, donde se enamoraron, se desengañaron, aprendieron a bailar y recorrieron el caribe desde la selva hasta la playa. Por cuestiones que no comprenden aún regresaron a Francia y se pusieron a trabajar en investigación con los países de América latina. Lo latino nunca lo olvidarán, tienen un lazo que traspasa la inquietud intelectual y se entremezcla con la curiosidad de una vida que nunca será, pero pudo ser, de tratar con gente y cuerpos que viven allí donde su vida no fue aunque mereció ser vivida, entre Caracas y el parque Morrocoy.

El espacio de la reunión era pequeño, cabían unas diez personas cómodamente sentadas, estaba al lado de la oficina del director, tenía grandes ventanales, que daban a unos viejos arboles a la orilla de un pequeño riachuelo, reducido alarmanamente

por la creciente urbanización. Tenía las paredes blancas y una mesa en la mitad, rodeada de sillas que la circundaban toda, y alrededor de estas sillas, en un círculo más amplio, habían más sillas aunque estaban contra las paredes. Las francesas se sentaron en la mesa, los compañeros lo hicieron también, menos dos que no cupieron y se hicieron en las sillas que estaban contra la pared.

La maestra no había llegado pero empezamos a exponer con su bendición y de las francesas. Primero fueron Adelaida y Camilo. Los cuantis les decimos porque trabajan toda la parte de números del proyecto, encuestas, encuestas y más encuestas, donde se suman y restan preguntas y respuestas, y se quiere con eso explicar la vida y el trabajo de los trabajadores. Ya habían entregado todo con anticipación a las francesas.

Con Raquel, somos los cualis, ya se imaginarán porque. Les preguntamos a las francesas si querían ver nuestra exposición, y ante la afirmativa salimos corriendo a nuestras computadoras que estaban en el piso de arriba. Primero fue Raquel y después seguí yo. Entre lo que decíamos, las opiniones de ellas sobre cómo decir las cosas de manera más polite y uno que otro chascarrillo, la mañana iba pasando sin sorpresas, trabajando como si no lo fuera. Sin embargo, como a las 10 y tantos escuchamos en el corredor el zapateo corto de unos zapatos de tacón bajito pero de punta de metal que se acercaban, observamos las ventanas, que daban hacia el interior del edificio y que su cristal había sido opacado, que mostraban una silueta pequeña y rolliza que se acercaba sincronizada con las pisadas. Llegó la maestra. Las miradas de todos nosotros se entrecruzaron sin quererse encontrar, la saliva pasó por la guargüero de todos y de uno por uno y en algún momento dos la pasaron al tiempo, lo que hizo de ese ruido algo atronador, pero que quedó en un segundo plano rápidamente cuando la maestra saludó con esa voz

de tonos agudos y amarillos pollito. Dio un beso en la mejilla a cada una de las francesas y saludó al resto con un cómo están y mostrando los dientes lo suficiente como para simular alegría de verlos, cosa que no haría sin que estuvieran ellas. Consuelo que estaba sentada al lado de la parisina, se paró rápidamente y le ofreció su asiento, dando pasos de gigante para llegar hasta el otro lado del salón y sin mirar atrás, para no quedar hecha piedra. La maestra puso su gran cartera sobre la mesa, sacó su celular, le espichó un par de botones, revisó de reojo algún mensaje que le había llegado y conversó al mismo tiempo sobre su retraso. Pero sigan, dijo y me miró. Un frío corrió por mi cuerpo. Sentí que cada uno de mis vellos se pusieron alerta, afilados, atentos a cualquier amenaza externa, mis oídos, comenzaron a escuchar cualquier rezongo de su parte para cambiar mi versión de lo que estuviera diciendo o parar cualquier valoración que me atreviera a señalar, mis ojos abrazarían cualquier cambio en sus facciones para servir como un espejo que en el mismo instante modificaría el tema o la afirmación de mi exposición. Mi cuerpo era un detector de molestias, desganos e instrucciones de la maestra. “Ricardo, es que no sigues instrucciones”, me dijo un día, hace unos meses. Llegué a la conclusión que no es que no las siguiera, es que no las veía, porque las daba subiendo la ceja o moviendo la mano sobre la mesa en zigzag. No las seguía porque había crecido en un país donde a tu compañero de investigación no lo tratas como estudiante, donde los títulos académicos no se repiten como si fueran nobiliarios, donde no te antecede un cartón que da una institución a tu nombre, donde lo que dice la institución de mi es más importante que yo mismo. Aprender esos códigos, a subordinar mi ego a la institución, eran básicos para sobrevivir en el departamento.

Imagino que ella los aprendió de su madre y su padre, que con más de 90 años todavía vive en su casa, aunque ya no jode como cuando tenía

70 o 50 o 40 o 30. De ascendencia española, pero de tradición de izquierda, no podían señalar directamente la raza como su fuente de superioridad. No solo no podían, es que no lo creían, ni se les pasaba por la cabeza. Sin embargo, para lo efectos era lo mismo que lo pensarán o no. El halo de superioridad lo depositaban en otro lado. Una vez en un auditorio donde había una minoría de habla portuguesa, se preguntaba y me preguntaba, porque insistían esos brasileños en hablar en portugués si la mayoría éramos hispanohablantes. Pareciera que para ella fuera inconcebible que no se dieran cuenta que como minoría debían ajustarse a las bondades de la mayoría. No era la raza pero si la ley de la mayoría. La homogeneidad era la reina. Y esa legitimidad que le era dada por cualquier disculpa, le otorgaba el derecho para fruncir la nariz y que sus subalternos corrieran a escuchar sus quejas, como yo, que ya estaba domesticado. Lo aprendió también de la UNAM, una de las universidades de elite del país, lo aprendió de los partidos de izquierda donde la moral superior los hace opinar de lo humano y lo divino y que los demás callen escuchen y sean iluminados. Lo aprendió de un matrimonio fracasado y de un hijo que en vez de ser economista le salió cirquero. “Sé cualquier cosa pero se elite”, me supongo le decía a su pequeño Marcel Marceau. Así seguro asimiló el golpe a su autoestima que le había dado su hijo malabarista al no ser médico o economista o abogado. No sería raro pensar que eligió algo tan opuesto a su madre, precisamente porque era opuesto a su madre. Destetarse de ella era matarle sus códigos, sus muecas de autoridad y hacerlos risa y hacerlos circo, hacerlos solo diversión y vida. El muchacho supo transformar la auditoria de su madre en lo que fue alguna vez, escuchar y ser escuchado. Tal vez le esté dando la lección de su vida, pero adivino que ella está faltando a todas las clases y el destino la va a reprobar.

Yo seguía exponiendo, ahora dubitativo, con la mente alerta a sus movimientos y no en la exposición que estaba dando. Por supuesto era cosa de tiempo, de minutos que dijera algo que no había meditado lo suficiente. Empecé a trastabillar, a darle rodeos a las ideas y a decirlas con otras divagaciones, más y más encriptadas. Mientras, en un segundo plano mi mente trataba de hallarle coherencia a lo que estaba diciendo, a relacionar ideas que había dicho, desmentirme sin que se dieran cuenta, y volver a decir lo mismo con otros sentidos. En un tercer plano seguía absorto con el lenguaje corporal de la maestra. La maestra y otra profe que llegó, me escuchaban mi galimatías cada vez más enredado y vago, y a la par transformaban sus cuerpos en profesoras de preescolar disgustadas con el niño indolente del salón, el que las cree pendejas, y se preparaban a disciplinarlo con las formas y saberes de un coronel civil. La bocanada de adiestramiento llegó con fiereza que hasta las francesas trataron de moderar, de matizar, de hacerla propia de una investigación y no de una corrida de toros. Posteriormente, días más adelante, tomándonos un café, la francesa más grande me preguntó que si me parecía que las jerarquías

en México eran más abultadas que en Venezuela, que ya conocían y tanto habían recorrido. A otros compañeros les pareció que de varios días de ver en acción la dinámica del grupo, ellas los miraban con consuelo, con esa mirada de lastima y de impotencia por no poder hacer nada ante la jerarquía y la domesticación. Por supuesto, lo del café no era una pregunta, era una forma de decirme que habían visto lo que habían visto y querían reparar donde había quedado mi maltrecha autoestima y mi orgullo.

Sin embargo, para la maestra y para la otra profe, esa demostración de poder era obvia en una situación como esas, y seguramente pensaban que las francesas valorarían muy bien esas prácticas, es más, que asumirían que el proyecto no era una veleta suelta sino que había mujeres poderosas que tenían el timón bien agarrado. Sospecho que el resultado fue todo lo contrario, tanta queja, tan agria y violenta solo mostró que no habían trabajado conmigo, que lo había hecho solo y que la construcción colectiva al interior del grupo se reducía a cero, a ellas mandar y el resto a obedecer.

Dr. Alejandro Perdomo Rubio
Universidad Veracruzana